

UN MODELO DE CONVERSION FRANCISCANA: LAS MISIONES DEL PANGO (SIGLOS XVII Y XVIII)

B. Sara Mateos Fernández-Maquieira.

Sara Mateos analiza las misiones franciscanas del Pango, ubicadas entre los ríos Ene y Perené. Estas misiones han sido presas del desinterés de los investigadores y lo que aquí se demuestra es la importancia que éstas tuvieron en el proyecto de evangelización franciscana de la Selva Central.

Sara Mateos analyzes franciscan missions of Pango, located between the rivers Ene and Perené. These missions have been preyed in the research workers desinterest and what is shown here is the importance they had in the franciscan evangelization project of the Central Jungle.

Sara Mateos untersucht die Franziskaner-Missionen von Pango, zwischen den Flüssen Ene und Perené. Diese Missionen hatten bisher nicht das Interesse der Forscher gefunden, und hier wird gezeigt, wie wichtig sie für die Missionierung der Selva Central (Urwaldgebiet von Mittelperu) durch die Franziskaner gewesen sind.

El tema de esta ponencia, es un resumen de la investigación que realicé consultando varios archivos históricos (1) para efectuar mi Memoria de Bachillerato. Al escojer como tema el análisis de las misiones franciscanas de la región del Pangoa durante la colonia me propuse básicamente dos objetivos. En primer lugar, ahondar en la investigación de un área geográfica muy poco estudiada, de la cual además se han ocupado generalmente sólo los antropólogos. En segundo lugar, abordar una materia como la de las misiones franciscanas en la selva, que a mi entender no ha recibido la atención que por su importancia merece.

La conversión del Pangoa, conocida también como "conversión de Jauja" por hallarse al este de esta ciudad, tuvo además un atractivo especial: despertaba menos entusiasmo que las otras conversiones franciscanas de la selva central y era consecuentemente la menos estudiada. A medida que fui explorando el tema, descubrí en ella características que no se ajustaban al modelo de conversión que se esperaba establecer en la selva y, por lo tanto, que no coincidían tampoco con las demás misiones de la región. A pesar de este comportamiento sui generis, la conversión del Pangoa resultó ser de enorme importancia para el proyecto de evangelización franciscana de la selva central. Esta situación especial es precisamente la que pretendo resaltar en esta ponencia.

LA ENTRADA FRANCISCANA A LA REGION DEL PANGOA

La región conocida como el "Pangoa", forma un triángulo entre los ríos Ene y Perené y la cordillera al este de Jauja. Actualmente la zona pertenece a la provincia de Satipo, departamento de Junín, y se encuentra poblada mayoritariamente por la tribu campa.

Las primeras entradas de españoles a la región se remontan al siglo XVI. En 1595, dos misioneros jesuitas ingresaron a ella, dejando

una corta pero detallada relación de esta expedición (2). A través de este texto se puede deducir que la zona había sido anteriormente explorada. Al encontrarse con los primeros nativos, los religiosos tuvieron que demostrar que no eran soldados, que no venían en busca de oro y plata y que no tenían intención alguna de hacerles daño. Así pues, antes de 1595 los campos del Pangoa ya habían tenido contacto con los españoles e incluso sabían qué intenciones tenían muchos de ellos. Estos primeros intentos, no tuvieron sin embargo resultados efectivos y la región del Pangoa fue aparentemente olvidada por muchos años más.

Prácticamente un siglo después, en 1683, fue la orden franciscana la que mostró interés en la región. Dentro de un vasto proyecto de evangelización, el Pangoa estaba llamado a cerrar un círculo de misiones franciscanas que envolvía gran parte de la selva central del virreinato peruano.

Al norte del Pangoa, los franciscanos ya habían logrado consolidar dos conversiones importantes. En 1631, la conversión de Huánuco conocida también como la de los "Panatahuas", se ubicaba en las márgenes del río Huallaga. Cuatro años después, en 1635, se habían fundado misiones alrededor del río Perené conformándose con ellas la conversión de Tarma o conversión del Cerro de la Sal. Faltaba evangelizar el sur de la selva central, la región del Pangoa. De las tres conversiones, la del Pangoa fue no sólo la más tardía, sino también la que presentaba mayores dificultades de ingreso y la más lejana a la sierra. Estas características marcaron profundamente la historia de su evangelización. Este proceso se divide en dos etapas.

EL SIGLO XVII

Las primeras misiones franciscanas de la zona se remontan al año 1673. Esta fecha dio inicio a la primera etapa de evangelización que se prolongó, aunque de manera discontinua, hasta 1687. De 1675 a 1681, los franciscanos tuvieron que replegarse a la sierra a raíz de la primera revuelta nativa en la zona dirigida en contra de los religiosos.

Un curaca cristiano llamado Mangoré se sublevó en la misión de Pichana que a orillas del río Perené, unía las conversiones de Tarma y Jauja. Si bien esta primera revuelta fue sofocada con rapidez, el Comisario general de misiones, optó por obligar a los frailes a abandonar sus pueblos en la selva, temiendo posibles repercusiones. Es así, como las misiones del Pangoa se vieron interrumpidas por un plazo de 6 años, siendo reabiertas en 1681.

De esta primera etapa de permanencia franciscana en la región se conservan únicamente cuatro documentos de la época. En primer lugar, un extenso memorial escrito por Fr. Manuel Biedma (el organizador de sus primeras misiones) y dirigido al Virrey Marqués de la Palata (3). Esta ha sido la versión mas explotada por la historiografía franciscana pues tiene la ventaja de ser un texto narrado por un personaje que en todo momento se halló vinculado a las misiones del Pangoa. Aún así no habría que desprestigiar las otras fuentes. Estas se ubicaron en el archivo del convento de Ocopa y son diarios escritos por tres Capitanes (Rojas, Beraún y de la Fuente) que acompañaron al P. Biedma en una de sus expediciones al río Ucayali (4). Tienen, a mi manera de ver, otra gran ventaja: la de ser documentos escritos por civiles y ser por lo tanto una visión diferente a la de los religiosos. No se encuentra mayor información directa que la mencionada. A pesar de ello, estas pocas fuentes son lo suficientemente completas como para poder hacerse una idea general de las consecuencias de la primera fase de evangelización del Pangoa.

A través de estos documentos se revelan para comenzar, los intereses que impulsaron tanto a civiles como a religiosos a ingresar a la región. Una primera motivación para ambos fueron las leyendas que envolvían a la selva, otorgándole un carácter de territorio extremadamente poblado y repleto de riquezas minerales. En el caso del Pangoa, circulaban rumores de que el reino de Ením se hallaba muy cercano a la región. Es curioso constatar que los franciscanos ayudaron a propagar estos mitos. El propio Biedma en su memorial, hacía referencia a que el Rey de Ením había mandado a uno de sus jefes en busca suya para que lo acompañase a su pueblo. Según el franciscano, esta expedición no había podido emprenderse a causa de la revuelta del curaca Mangoré. Sin embargo años después afirmaba: "...Hoy está la puerta abierta para entrar con modo y disposición cuando fuere la voluntad

de Dios. Asegúranme los indios no haber más que diez o doce días, que el pueblo o ciudad no puede la vista alcanzar a ver el fin." (5).

De esta primera motivación se deduce una segunda causa que hizo atractiva la región selvática: se pensaba encontrar en ella grandes minas cuyos productos pasarían a incorporarse al circuito económico colonial. En esta búsqueda de minerales se solía exagerar los hallazgos para promover las expediciones. Un buen ejemplo de ello, fue el Capitán Rojas quien acompañando a Biedma al Ucayali, quedó impresionado al toparse con unas cuantas pepitas de oro, lo que le llevó a pensar que eran "...precisas ciertas de la riqueza que encierran los cerros de donde bajan..." (6).

Se tenía además la idea de que la región estaba densamente poblada y de que por lo tanto, incorporándola efectivamente al virreynato se incorporaría con ella a un gran número de futuros vasallos que contribuirían a aumentar los fondos de la Real Hacienda.

Cuando se tuvo por cierto que no existían tales riquezas minerales, que la población era grande pero se hallaba dispersa y que las leyendas no se hacían efectivas, el interés de los civiles disminuyó y el de los franciscanos se concentró en las misiones. A través de ellas, la orden franciscana buscó atraer la atención del gobierno colonial en busca de ayuda económica para su labor evangelizadora.

En primer lugar, las misiones selváticas eran útiles para detener el adelanto de los portugueses en fronteras poco claras en la época. Los franciscanos utilizaron este argumento para ganarse a las autoridades coloniales. Biedma aseguraba haber escuchado de una ciudad en el río Ene supuestamente habitada por españoles. El franciscano le confió al Virrey sus temores de que no se tratase de hispanos, sino más bien de portugueses que "...habiendo visto tanto oro (que es el cepo de las conquistas) y estando tan cerca,..." (7) habían ocupado un territorio que no les correspondía.

En segundo lugar, estableciendo centros misionales y concentrando en ellos a los nativos, los religiosos solucionaban el problema que significaba la evangelización de una población tan dispersa como la selvática. Los misioneros sostenían que su obligación y su única motivación era la de "ganar almas". Ahora bien, en el contexto colonial

ganar un alma para Dios era sinónimo de ganarle un vasallo al Rey. Los franciscanos fueron muy conscientes de esta situación y la orden en general se mostró muy abierta a colaborar con el gobierno colonial siempre y cuando éste financiara sus expediciones y respetara sus decisiones.

Finalmente, las misiones debían ser económicamente rentables pues las expediciones a la selva resultaban sumamente costosas. Según el proyecto franciscano, todo pueblo misional debía pasar por dos etapas para consolidar este proceso. En una primera instancia, la misión franciscana debía aprender a subsistir. Para ello, los religiosos se esmeraron en enseñar a los nativos diversos oficios productivos. Los más renombrados eran el de herrero y el trabajo textil. También se incentivaron nuevos cultivos y se introdujo ganado en un intento de promover la ganadería en la zona. Cumplida esta primera meta, las misiones debían a la larga obtener una sobreproducción destinada al comercio. A partir de esta segunda etapa, y a través de esta sobreproducción, los pueblos misionales pasarían a incorporarse al circuito económico colonial.

Es por todo lo anteriormente expuesto que la primera política de los franciscanos y en especial del P. Biedma al ingresar al Pangoa, fue la de reducir en pueblos a los nativos, estableciéndolos en lo que debían ser centros estables de evangelización y producción. En esta primera etapa se fundaron en la región cuatro misiones. En orden cronológico:

- 1- Santa Cruz del Espíritu Santo, llamado después San Buenaventura de Sonomoro.
- 2- Pichana.
- 3- San José de Chavini.
- 4- San Luis del Perené, conocida después como Jesús María.

Una segunda política de parte de los religiosos fue la de la construcción de caminos. La orden buscó crear rutas que uniesen la sierra con el Pangoa para tratar por medio de ellas de incorporar a las misiones al mundo colonial. Esta estrategia se encaminaba obviamente a una futura integración económica y fiscal que a la larga no llegó, como veremos, a cristalizarse en el caso de las misiones del Pangoa. A pesar de ello, en esta primera etapa se logró comunicar el pueblo serrano de Andamarca, (base franciscana de penetración a la selva), con el de San

Luis del Perené (último embarcadero rumbo al Ucayali) en tan sólo 10 días.

Si hasta ese momento los esfuerzos franciscanos por ocupar la región del Pangoa sólo habían contando con esporádicas ayudas económicas de benefactores de la orden, la situación cambió el año 1685 cuando una pequeña expedición franciscana alcanzó el río Ucayali topándose con una enorme aldea coniba. Este descubrimiento determinó un cambio de actitud de parte del gobierno colonial.

El P. Biedma consiguió ayuda militar y económica del Virrey Marqués de la Palata para iniciar la evangelización del Ucayali que despertó la codicia de muchos. Sin embargo, al volver a ingresar a la región coniba, los franciscanos se encontraron con otra orden religiosa, la de los jesuitas de Quito que reivindicaba sus derechos a la zona argumentando haber sido ellos los primeros en llegar. Esto dio lugar a una pugna territorial entre ambas órdenes que se resolvió en 1687 a favor de los jesuitas. Este episodio y la súbita muerte de Biedma en una emboscada en el río Tambo, determinaron que las misiones del Pangoa fueran abandonadas y quedasen en el olvido hasta principios del siglo XVIII.

EL SIGLO XVIII

La segunda etapa de evangelización del Pangoa fue si no mucho más fecunda, al menos más estable. Para esta época la documentación alusiva a las misiones franciscanas de la selva central se incrementa considerablemente. Se encuentra información en la abundante correspondencia que mantenían los frailes entre sí y con distintas autoridades coloniales, en algunas cédulas reales que manifiestan la preocupación de la Corona por mantener esos pueblos misionales, e incluso en las memorias que los Virreyes estaban obligados a redactar una vez culminado su mandato.

En 1713, otro gran organizador franciscano, el P. Fray Francisco de San Joseph, coordinó una segunda penetración a la región del Pangoa. Todas las misiones del período anterior se hallaron en estado de total abandono. Ese mismo año se reabrió la misión de Sonomoro, en 1720 la de Chaviní y en 1723 la de Jesús María situada muy cerca de donde Biedma había fundado el pueblo de San Luis del Perené. En 1724 se erige una vez más la misión de San Antonio de Catalipango. Estos cuatro pueblos fueron nuevamente los centros de evangelización más importantes de la zona. Si bien los franciscanos hacen referencia a otras fundaciones en sus escritos, estos nuevos pueblos no parecen haberse consolidado pues nunca se los vuelve a nombrar en documentos posteriores.

A pesar de este segundo intento de reestructurar la llamada "conversión de Jauja", queda claro que en el siglo XVIII las misiones del Pangoa habían perdido importancia en relación a las del Huallaga y a las del Perené reabiertas durante esa misma época. Los documentos de esos años elogian estas últimas misiones, relegando siempre en sus comentarios a las del Pangoa. Y es que, en el siglo XVIII existía en la zona de Huallaga un fluido comercio de coca que vinculaba a sus misiones al circuito económico colonial. Los franciscanos alentaron abiertamente este tipo de cultivo, pues la coca traía enormes beneficios al ser uno de los productos de mayor cotización en el mercado. Esta situación de integración económica se registraba también en la región del Perené, pero en torno a las ricas haciendas que los españoles habían creado alrededor de las misiones y al trabajo textil que los religiosos franciscanos habían promocionado en sus reducciones.

El Pangoa en cambio, fue resistente a este tipo de incorporación económica y por consecuencia política. El territorio era sin embargo sumamente fértil y al igual que otras regiones de la selva contaba con una gran cantidad de productos explotables como coca, maíz y caña de azúcar. A pesar de ello, la lejanía de sus misiones en relación a la sierra y la enorme dificultad de acceso a la región determinaron que no tuviera un desarrollo económico comparable al de las dos conversiones anteriormente citadas y que geográficamente se hallaban en una situación de ventaja al ubicarse más cerca de la región serrana. Aunque los franciscanos alentaron la colonización de la zona, no se logró atraer a ella a nuevos pobladores por lo cual no existieron nunca haciendas alrededor de sus misiones y tampoco se pudo desarrollar un comercio con la

sierra. La presión que ejerció en estas misiones el estado colonial fue menor en tanto no llegaron a ser nunca de interés económico.

Existió sin embargo en el Pangoa, una sola misión que mereció por otros la atención del gobierno colonial: la de San Buenaventura de Sonomoro. Sonomoro fue siempre la misión más importante del Pangoa, la más poblada, la única que contó con la presencia permanente de uno o varios franciscanos y la que mantuvo en todo momento su carácter estratégico.

En el siglo XVII, Sonomoro había sido específicamente creada para servir de base a las expediciones franciscanas al Ucayali. En ese sentido, ya se vio cómo este proyecto se frustró al interponerse la orden jesuita.

En el siglo XVIII, Sonomoro reveló nuevamente su importancia estratégica en el marco de los movimientos nativos antifranciscanos que comenzaron (cada vez con más fuerza) a amenazar la labor de los misioneros. De estos movimientos, dos afectaron especialmente a las misiones del Pangoa por lo cual fueron objeto de mi estudio. En ambos, Sonomoro tuvo un rol de trascendental importancia al actuar como base franciscana desde donde poder controlar y mantener la penetración religiosa a la zona.

El proceso mediante el cual esta misión se consolida como un punto estratégico, se inició con la revuelta del curaca cristiano Ignacio Torote en San Antonio De Catalipango. Torote se propuso en 1737 atacar específicamente la misión de Sonomoro donde por esas fechas iban a reunirse tres religiosos franciscanos. El número de frailes no es insignificante si se toma en cuenta que en 1739, tan sólo dos años después, existían únicamente quince religiosos encargados de todas las "misiones de infieles" (8).

Torote y sus seguidores incendiaron la iglesia y el convento de Catalipango. Para evitar que los religiosos en Sonomoro se enterasen del peligro que corrían, mataron a seis posibles delatores. Uno de ellos era precisamente la esposa del curaca de Sonomoro, quien se hallaba en ese momento en Catalipango. Al llegar a Sonomoro, los sublevados mataron a los tres religiosos mencionados y a gente muy ligada a ellos: un donado y tres indios cristianos que debían de ser aquellos que so-

lían vivir con los padres en el convento. Al preguntar uno de los frailes por qué se les atacaba, Torote contestó: "Porque tú y los tuyos nos estais matando todos los días con vuestros sermones y doctrinas, quitándonos nuestra libertad" (9). Obviamente, el movimiento se dirigía muy específicamente en contra de la penetración misionera.

Los nativos de Sonomoro no debieron sin embargo estar involucrados en la revuelta. Lo confirma en primer lugar, el hecho de que en Catalipango se matase a la esposa del curaca de Sonomoro por considerarla una posible delatora. En segundo lugar, el que Torote no se atreviera a quemar la iglesia del pueblo "...porque temía que la humareda avisaría a los indios..." (10). Por ello, los sublevados se retiraron inmediatamente del pueblo, dirigiéndose una vez más a Catalipango que fue enteramente quemado y refugiándose después en la misión de Jesús María que, (como se supo después), se plegó al movimiento.

En esta ocasión, a diferencia de lo ocurrido con movimientos nativos anteriores, el gobierno reaccionó en defensa de los religiosos. José Antonio Manso de Velasco, Marqués de Villagarcía y Virrey del Perú organizó y financió la primera entrada militar de importancia a la selva. Se temía que el movimiento se propagara a la sierra y que además significase la pérdida de todas las misiones franciscanas de la selva. Queda claro con esta defensa militar, que el interés en las misiones había aumentado considerablemente. A pesar del apoyo, Torote logró escapar y refugiarse por el Ucayali. Se apresaron sin embargo a muchos de sus cómplices.

Dos años después, en 1739 el reforzamiento militar continuaba funcionando. El gobernador de la Provincia de Jauja, Don Benito Troncoso, inspeccionó personalmente la zona acompañado por unos cuantos soldados. Es en ese momento cuando se decidió construir un fuerte en Sonomoro que contase con la presencia permanente de una tropa.

La conversión de Jauja, y Sonomoro en especial, continuaba siendo para ese entonces insignificante desde el punto de vista económico. No se puede pensar por lo tanto que el gobierno estuviese pensando en defender específicamente a ese pueblo. El objetivo era otro: el de proteger y controlar la conversión de Tarma, uno de los lugares "...más

opulentos por su extensión y frutos..." (11), fronteriza a la conversión de Jauja. Fue necesario que los nativos se rebelasen contra los franciscanos para que el gobierno tomara conciencia de la importancia de mantener la misión de Sonomoro.

A partir de la revuelta de Torote, Sonomoro conservó siempre ese rango de misión estratégica, de control y penetración. Este hecho se confirmó cinco años después al estallar el mayor movimiento anticolonial conocido en la selva central peruana, encabezado por un serrano llamado Juan Santos Atahualpa.

La rebelión de Juan Santos Atahualpa comenzó en 1742 en la misión de Quisopango o Simaquí ubicada en la región del Gran Pajonal, y se prolongó hasta fechas inciertas. La última acción bélica que se le conoció se produjo en 1752, pero los efectos de este movimiento se sintieron aún muchos años después.

Fue estudiando esta rebelión que la misión de Sonomoro llamó enormemente mi atención. Santos Atahualpa logró convocar con rapidez a todos los nativos de las zonas del Chanchamayo y Perené, es decir a los que integraban la conversión de Tarma. La única misión que se resistió al movimiento fue precisamente la de Sonomoro. Cuando el líder mencionado mandó llamar en 1742 a los campos de Sonomoro, estos se excusaron de acudir a su encuentro pretextando que en el camino a Quisopango habían demasiados negros que se lo impedirían. La cantidad de nativos que apoyaban en Sonomoro a los franciscanos no tiene importancia pues era realmente poco numerosa. Se sabe que seis años atrás, al efectuarse el último censo conocido en el pueblo vivían en él únicamente 59 nativos (12). Lo que sí es significativo es el rol que Sonomoro como punto geográfico cumplió en esta rebelión.

Si en la revuelta del curaca Torote, Sonomoro ya había sido la base más importante desde donde poder sofocar el movimiento, en la rebelión de Juan Santos Atahualpa fue considerada la misión clave tanto por los españoles como por los sublevados pues ambos bandos vieron en ella la llave de su éxito.

En 1750, cuando todas las misiones del Perené, las de la conversión de Tarma habían sido virtualmente ocupadas por los rebeldes, Sonomoro era considerada por las tropas españolas la única "...puerta o

llave precisa para insultarle sus tierras..." (13) a Juan Santos Atahualpa. Sonomoro se había convertido en el último bastión realista y el único conducto a través del cual se podía aún sofocar la insurrección. Para los sublevados, la ocupación de Sonomoro era también clave para el éxito de la rebelión, pues Juan Santos Atahualpa proyectaba ocupar la sierra saliendo personalmente por la frontera de la provincia de Jauja, la que confinaba con el Pangoa. Esta frontera se hallaba, paradójicamente menos resguardada que la que confinaba con la provincia de Tarma (14).

La importancia estratégica de Sonomoro queda demostrada en un último episodio: en 1751, el pueblo resultó finalmente ocupado por los rebeldes, quienes se apoderaron de todas sus armas. La pérdida de Sonomoro confirmó la derrota de las tropas coloniales que optaron por retirarse de la zona, y aceptar la pérdida de todas las misiones franciscanas del Perené y del Pangoa. Si bien Juan Santos Atahualpa no logró nunca ocupar la sierra, logró expulsar a los franciscanos de la selva central. Sólo cien años después se reabría la colonización de la región.

Para concluir, me parece revelador el estudio de las misiones franciscanas del Pangoa pues refleja claramente que no todas las misiones coloniales franciscanas tuvieron el mismo desarrollo y que dentro del plan de evangelización de la orden, misiones como la de Sonomoro, fueron de interés táctico y no económico.

NOTAS

(1). Se consultaron en Lima el Archivo General de la Nación, el Archivo de Límites del Ministerio de Asuntos Exteriores y la sección Manuscritos de la Biblioteca Nacional. En Junín, se consultó el archivo del Convento de Ocopa. Todos estos repositorios contienen una valiosa información sobre la labor de los franciscanos en la selva.

(2). M. Jimenez de la Espada, **Relaciones geográficas de Indias**, tomo II, apéndice III, p. 92.

(3). M. Biedma, **La conquista franciscana del Alto Ucayali**, Ed. Milla Batres, Lima, 1981.

(4). Archivo de Ocopa 75. "Declaración y diario que hizo el Capitán D. Francisco Rojas Guzmán y Salazar como persona principal y cavo que entró adentro al riñón de las naciones..."

(5). M. Biedma, *Op. Cit.*, pag. 144.

(6). Archivo de Ocopa 75.

(7). M. Biedma, *Op. Cit.*, pp. 145-146.

(8). J. Amich, **Historia de las misiones franciscanas del Convento de Ocopa**, Ed. Milla Batres, Lima, 1975.

(9). J. Amich, *Op. Cit.*, p. 145.

(10). J. Amich, *Op. Cit.*, p. 145.

(11). Informe del Intendente Urrutia presentado al Virrey del Perú en 1808, en: D. Ortiz, **El Perené**, p. 430.

(12). Biblioteca Nacional C342C. Un tomo, pergamino, en cuarto, de 332 páginas numeradas, que encierra muchas relaciones y documentos originales sobre las misiones de Ocopa.

(13). Carta del Marqués de Cassatorres al Rey de España. Provincia de Jauja, 18 de septiembre de 1752, en: F. Loayza, **Juan Santos el invencible**.

(14). Archivo General de la Nación. Real Audiencia, Causas criminales, Leg 15., 1752, C 159. Causa seguida contra Julián Auqui, Blas Ibarra y Casimiro Lamberto, por traidores a la Corona...